

III.

LA PETICION.

El padre de Lorenzo contaba con una hacienda bastante pingüe, por cuya razon se le llamaba *el rico* en aquel país en que muchos sólo poseen lo necesario.

Sin embargo, este apodo estaba justificado en aquella ocasion.

Bruno era rico positivamente y espléndido; era un hombre grueso, alegre y excelente padre de familia: ya hacía mucho tiempo que no trabajaba, ocupándose sólo de vigilar á sus peones y criados, que eran muchos.

Su mujer, á la que amaba de corazon, habia muerto hacía algunos años: sus hijos mayores habian muerto tambien, y sólo le habia quedado Lorenzo, al que queria con el amor que habia profesado á todos, y que habia reconcentrado en él.

Por eso, cuando el muchacho sacó la suerte de soldado y se empeñó en ir á cumplirla, su enojo fué tan grande como su dolor: se irritó, suplicó á Lorenzo, pero todo fué en vano; éste desoyó los ruegos, se hizo sordo á las reprensiones y marchó á las filas.

Bruno hubo de consolarse: su carácter risueño era á propósito para ello; era benéfico, y nunca le faltaban en derredor suyo cariño y compañía.

Algunas veces habia pensado en volverse á casar,

porque se cansaba de cuidar en todo y por todo de las cosas de la casa; pero siempre concluía por decirse:

—¡Bah, bah! el buey suelto bien se lame: Dios sabe lo que me tocará; ya volverá ese diablo de Lorenzo, y entónces se casará él.

En efecto, Lorenzo volvió y se enamoró de Celeste: su padre, lleno de alegría, se frotó las manos al conocerlo, como diciendo:

—¡Salió lo que yo decia!

Celeste era un excelente partido para cualquier mozo, no sólo de la aldea, sino del contorno: su padre era rico y la adoraba; además tenía la vara de la justicia, lo que siempre comunica á la persona que la sostiene una gran fuerza moral, y esto nadie lo sabía mejor que Bruno, que habia sido alcalde tambien más de una vez.

Agobiado de pena cuando se marchó Lorenzo, habia solicitado dejar de ser alcalde, y desde entónces lo era el grave y honrado Juan María, antiguo amigo suyo y de su misma edad.

Esta historia empieza ocho meses despues de haber llegado Lorenzo con su licencia: á los ocho dias ya habia dicho á Celeste cuánto la queria, y ésta le habia contestado, dejando caer su mano entre las del jóven y sonriéndole con inocente confianza:

—Yo tambien te quiero á tí.

Acto continuo Bruno pasó á casa del alcalde, y le dijo con un acento grave que contrastaba con su jovialidad habitual:

—Juan María, tengo que hablarte.

—Empieza—dijo el alcalde.

—Y á tu mujer tambien.

—Pues que la llamen; anda, Mariano, di á tu madre que venga.

Salió el muchacho, y un instante despues entró Joaquina.

—Juan María—dijo Bruno—mi hijo quiere de co-razon á tu hija; eso ya lo sabrá tambien Joaquina, ¿no es verdad?

—Lo habia sospechado—respondió la alcaldesa;—pero á mí la chica no m'e ha dicho nada: ya sabes, Bruno, lo callada y metida en sí que es.

—Pues bien, ella quiere á Lorenzo y Lorenzo á ella.

—No veo en eso ningun mal—dijo Juan María.

—Ni yo—añadió la alcaldesa.

—Ni yo—repitió Bruno—ántes veo un bien, porque quiero mejor por hija á Celeste que á todas las demas muchachas de por acá.

—¡Ah, ya lo creo!—exclamó Joaquina;—¡ya la puedes querer! ¡como que ninguna vale ni para descalzar á mi hija! Pero mira, Bruno, aunque arreglemos la boda, te prevengo una cosa.

—¿Qué? habla sin reparo, mujer.

—Pues bien; Celeste acaba de cumplir quince años.

—Y Lorenzo veintisiete.

—Algunos años la lleva; pero eso no le hace, que el hombre ha de ser mayor que la mujer para hacerse de respetar; ademas, las mujeres se acaban ántes; pues lo que digo, con permiso de mi marido, es que no quiero que Celeste se case hasta que haya cumplido diez y siete años.

—Bien está: ¿qué dices tú, Juan María?

—Yo digo lo mismo que mi mujer.

—Y yo me avengo á ello: juntos nos hemos criado, y siempre hemos sido buenos amigos; no será, pues, ahora cuando dispatemos: yo no olvidaré nunca cuántas veces me habeis sacado de apuros, dándome grano para la siembra, legumbres y áun dinero, ni lo mucho que habeis querido á mi pobre Catalina.

—¡Pobrecita!—dijo Joaquina;—ella, vanidosa sí, pero más buena que el pan blanco: al oso de mi Perico le dió ella de mamar tres meses, cuando yo me hice embarazada del pobrecito José, que se murió.

—Se llevó Dios á la pobre cuando debia empezar á disfrutar—dijo Juan María;—¡bien podia ahora llevar las basquiñas más ricas, su hermosa cruz y sus pendientes de oro, sin temor de ser criticada!

—Es cierto—respondió Bruno;—aunque mi pobre mujer me hizo padecer bastante con sus quejas y sus pretensiones cuando éramos pobres, es tambien muy cierto que sólo por darle gusto y porque anduviese tan bien puesta como ella queria y yo deseaba, emprendí algunas cosas que luégo han dado buen resultado y me han hecho ganar mucho dinero: si hubiera sido solo, no hubiera salido nunca de pobre.

—Una cosa me ocurre—dijo Joaquina—y no quisiera, Bruno, que el oírmela decir te sirviera de enojo.

—Dila, mujer.

—Pues bien, me parece que tu Lorenzo es tan vanidoso como su pobre madre.

—Sí que lo es; ¿qué mal hay en eso? Pero si él no

se estimára en mucho, no se hubiera atrevido á acercarse á tu chica : ya ves cómo sólo él se ha atrevido en el lugar.

— ¡ Ay, Bruno! ¿ llegará algún dia en que la desprecie ?

— ¡ Él despreciar á Celeste! ¡ si la quiere más que á las niñas de sus ojos!

— ¡ Es que si llegase á suceder eso, ella se moria sin remedio! ¡ Yo, que la conozco, lo sé! No ha querido ni querrá á otro hombre que á Lorenzo.

— Ni él querrá á otra mujer.

— Pues siendo así, está arreglada la boda : ahora Juan María dirá lo que piensa dar.

— ¿ Para qué? — exclamó Bruno levantándose; — le daréis lo que os acomode : Lorenzo es hijo solo, y á mí me llaman *el rico*; ni él ni yo queremos más que la chica.

— No importa, Bruno — dijo el alcalde — bueno es tratar estas cosas con formalidad : siéntate y escucha.

— ¡ Pero hombre!.....

— Me darás una pesadumbre si no dejamos este asunto arreglado.

— ¡ Si ya está!

— Ann no, oye : yo daré á Celeste la mitad justa de mi hacienda ; la otra mitad quedará para los dos chicos, entre los que la repartiré por partes iguales.

— ¡ Pero hombre, eso es injusto! — exclamó Bruno; — ¿ por qué has de perjudicar así á los pobres chicos? da á Celeste su parte, y basta y sobra.

— Tiene razon Juan María — asintió Joaquina; — los

otros son varones y pueden ganarlo ; justo es que mejoramos á la chica.

— Mirad que puede llegar un dia en que los chicos os reconvenzan, sobre todo Perico.

— ¡ Ay, pobre Perico de mi alma! — exclamó la alcaldesa, como si hubieran hecho á su hijo la más grande de las injurias; — ¡ pobre hijo mio, en qué mala opinion te tienen!

— Mujer, no seas loca — dijo el alcalde; — Bruno dice eso porque conoce su genio.

— Pero con su genio y todo es más noble que la plata y el oro fino — dijo Joaquina; — y si no ahora lo veréis.

— ¿ Qué vas á hacer? — preguntaron los dos hombres.

— Ahora lo veréis ; ¡ Perico!

— ¿ Qué manda V.? — respondió la voz áspera del muchacho, que por ser domingo estaba en casa.

— ¡ Vén aquí, hijo mio!

— Aquí estoy — dijo el muchacho apareciendo en la puerta; — ¿ qué tripa se le ha desatado á V.?

— Hijo más bestia que tú, no hay otro — dijo Juan María; — ¿ es ese modo de hablar á tu madre?

— ¡ Pues si siempre está Perico aquí, Perico allá! ¡ no me deja sosiego para nada!

— Déjale, Juan María, que aunque sea bruto es muy bueno ; y tú, hijo mio, acércate.

Perico, lisonjeado con el juicio de su madre, se acercó á ella.

— Vamos — añadió Joaquina — oye y luego dirás tu parecer, porque ya eres casi un hombre : mira, el señor

Bruno ha venido acá para pedir á tu hermana, que se casará con Lorenzo, ¿entiendes?

— ¡Entiendo, entiendo, que no soy ningun chopo!— dijo el chico;—adelante con la historia.

—Pues bien, tu padre, que todo lo quiere muy formal, hablando de lo que le dará, ha dicho que la mitad de la hacienda de casa, y que la otra mitad la repartirá entre tú y Mariano, que al fin sois hombres y que lo podeis ganar.

—Tiene mi padre mucha razon.

—De modo, hijo—dijo Juan María—¿que no te parece mucho lo que hago por tu hermana? ¿no te quedará quejoso?

—Padre—dijo Pedro—si otro que V. pensára que yo me quedaba quejoso por eso, y yo le conociera, de una puñada le deshacia las narices.

El tío Bruno se hizo atras lleno de terror; Perico añadió:

—Mi hermana debe llevar tres cuartas partes de la hacienda.

— ¡Lo veis!—exclamó gozosa Joaquina;—¿no lo decia yo que mi Pedro tiene un corazon de oro?

—Vaya, vaya, madre, déjese V. de arruinacos—dijo Pedro amostazado;—yo me pongo en la razon: con la otra cuarta parte Mariano y yo nos manejarémos muy bien; á pesar de lo mandria que es, yo le haré trabajar. Celeste debe llevar todo lo demas.

—¿Pero y tus padres—preguntó Bruno—se van á despojar de todo por enriquecer á Celeste, que se casa con el muchacho más rico del lugar?

—Ojalá que se casára con el más pobre—dijo Perico.

—¿Qué dices?—preguntó asombrada Joaquina.

—Digo que más quisiera verla mujer de un *femate-ro* (1) que no de Lorenzo.

—Pero ¿por qué?

—Porque es vanidoso y mal trabajador, como soldado cumplido; yo soy asina, muy claro; lo digo aquí, porque está su padre, y no lo diré detras; se fué á ser soldado por no trabajar y por meter fazienda con las mozas, y *agora güelve* con los *güesos* muy duros para cavar; si se casa con mi hermana, la hará llorar mucho, y para que la respete algo más, hay que darle toda la hacienda: si se la malgasta y le da pesadumbres, aquí estoy yo que sabré romperle un garrote en las costillas. Por mis padres no hay que pasar pena, que yo, Pedro Carrasco, sé ganar jornal y medio cada día.

Pedro, despues de esta andanada, salió de la salita y se fué á la cocina, donde estaba haciendo un collar de cuero para *Leon*, gran mastin á quien pegaba recios puntapiés, pero por el que se hubiera quedado sin comer si hubiera visto que á él le faltaba.

—Chico, ¿para qué te llamaba madre?—preguntó Mariano, que se comia una rebanada de pan con miel.

—*Pa dame* una cosa—respondió Perico.

—¿De comer?

(1) Los que recogen la basura de las calles, que son, por lo regular, muchachos haraposos ó ancianos muy pobres.

— De comer.

— ¡Anda, dame un poco!

— ¡Toma!—dijo Perico aplicando á la espalda de Mariano un buen cachete;—y ahora, por *laminero* y *pedigüeño*, te vas á quedar sin miel. Toma..... toma.....
Leon.

El perro abrió su enorme boca y sepultó en ella la rebanada del pobre Mariano, que se refugió llorando al lado de su madre.

— ¡Hombre, tu chico es un cafre!—dijo Bruno á Juan María.

— Es un cafre, sí—repuso Joaquina;—pero ¡qué corazón, hijo de mi alma; nadie le tiene más hermoso que él! ¡Calla, hijo mio, Mariano, que luégo te daré yo más miel!

IV.

LORENZO DESLUMBRADO.

Celeste llegó á amar á Lorenzo con una pasión profunda.

Era éste un muchacho atento, dulce, casi culto; á no ser porque se cansó de la vida militar, hubiera llegado á oficial muy fácilmente, pues habia vuelto de sargento primero; tenía, además, mucho talento, y hablaba un lenguaje que comprendia el alma elevada y hermosa de aquella niña.

Celeste le escuchaba arrobada.

La soledad de su alma se iluminó: un dulce rayo envió sus reflejos á los ojos y á las mejillas de la jóven, que se vistieron con un dulce sonrosado.

Nunca habia estado Celeste más bonita, más alegre, más animada.

Habia, sin embargo, una persona que odiaba francamente á Lorenzo: era Perico.

Cuando iba á su casa por la noche, Perico se marchaba á otra parte; cuando le hablaba, le respondia con la mayor aspereza y las ménos palabras posibles.

Lorenzo empezaba á justificar los temores de aquel muchacho montaraz: no trabajaba, vestia con gran lujo, desdeñaba el traje de labrador, y pasaba el día cazando y vigilando á sus peones, y las noches al lado de Celeste.

Algunas veces le miraba Perico de reojo, y murmuraba entre dientes:

— Á tí te han cortado *pa señor*, y te han dejado *embastado*.

Celeste se affigia profundamente cuando oia á su hermano hablar así de su novio; pero su rostro angelical era lo que vendia, y áun sin saberlo ella misma, lo agudo de su pena: de sus labios jamas salia la menor queja.

Algunas veces reprendia Joaquina por lo bajo á Perico por sus brutales palabras.

— ¿No ves—le decia—cuánto affiges á tu hermana? ¿Por qué hablas así á Lorenzo? ¿Se mete él contigo?

— Es que ya se guardará muy bien de hacerlo—respondia Pedro.—Madre, no hay que *pedricarme*: no puedo estomagar á ese mozo, y no sé si sentiré más ver

muerta á Celeste ó verla casada con él. *¡Por vía de sanes! ¡Tener yo que tratáde de hermano! ¡Ya, ya me hará güenas tripas!*

De esta suerte desfogaba su enojo Perico, y así se hallaban las cosas cuando llegó Enriqueta á Cabañas.

Ya hemos visto la especie de desmayo que la sobrevino, y cómo la buena Joaquina y su misma hija Celeste emplearon para aliviarla la amable y cordial solicitud que les era habitual.

Después de haberla hecho beber el agua, Joaquina se acercó á Celeste, que parecía anonadada de fatiga sólo por el esfuerzo que había hecho para bajar á buscarla á la cueva.

La alcaldesa reclinó en su pecho la rubia cabecita de su hija, y le preguntó :

—¡Tontilla! ¿por qué bajas tú? Te lo encargué sin saber lo que decia, pero podía haber bajado yo.

—¡No faltaba otra cosa!—respondió Celeste, que ya se iba recobrando.

La jóven iba á añadir algo más, pero dirigió su vista á la puerta y se detuvo; había visto á Lorenzo, ó más bien le había adivinado, pues acababa de entrar en casa, y apenas se había aproximado al umbral.

—Buenos dias—dijo con voz sonora;—pasaba por ahí para ir de caza, y he querido ver qué tal se ha pasado la noche.

Al oír aquella voz varonil, volvió lánguidamente su cabeza la viajera: su mirada se fijó en Lorenzo, y expresó en seguida un asombro profundo.

En efecto, el jóven presentaba un tipo agradable y

que no podía esperarse encontrar en aquella pequeña aldea: vestía un traje, que así participaba de la sencillez del labrador como de la cultura de la ciudad, y que realzaba maravillosamente su gallarda estatura.

Componíase su atavío de pantalon, de chaleco y de una larga chaqueta de lienzo aplomado; llevaba anudada, bajo el cuello de su camisa, blanco, almidonado y de una hechura elegante, una corbata de seda negra; un sombrero redondo y unos zapatos con botines de gamuza que subían hasta la rodilla por encima del pantalon, completaban su traje.

Lorenzo estaba así gallardo y hasta elegante.

Enriqueta le contemplaba con admiración: jamás, ni aún en la elevada clase que ella estaba acostumbrada á tratar, había visto un jóven más interesante.

Y en verdad que Lorenzo ofrecía en su figura un modelo de perfecciones: era alto, gallardo, esbelto y bien formado; su color, moreno y algo pálido, hacía resaltar el gris azulado de sus grandes ojos; tenía el cabello negro y abundante, la nariz recta y fina, las mejillas de contornos firmes y la boca algo desdeñosa, pero encarnada y bella.

Su talle, de una perfecta gallardía, estaba ceñido por un cinturón de cuero que sostenía las bolsas de sus municiones, y la correa de su morral le cruzaba el pecho, dándole cierto aire de graciosa altivez.

Tal era Lorenzo: el orgullo brillaba en sus ojos rasgados y atrevidos, y en su frente, ancha sin demasía, morena por el sol, elevada con una igualdad perfecta.

Á pesar de todos los encantos de su figura, se adver-

tia en él algo de duro y de helado que asustaba á la pobre Celeste, tan dulce, tan suave y tan flexible como la verde caña que crece á las orillas del lago solitario.

Lorenzo respondió á la admiracion muda de Enriqueta con otra que no trató siquiera de disimular, y que no se escapó á la penetracion de su novia.

El hijo de Bruno olvidó por un instante que se hallaba allí su prometida y la madre de ésta, únicamente para mirar el lánguido y pensativo rostro de Enriqueta y su elegante y aristocrática figura.

Era una mujer á la cual sólo hemos visto muy imperfectamente, y que despojada de su sombrero de amazona tenía algo de extraño y de deslumbrador, que penetraba en el alma como un filtro triste.

Si es cierta, como atestiguan los filósofos, la inmensa consanguinidad de la tierra y del cielo, Enriqueta debía haber nacido bajo uno de esos cielos cuyas estrellas chispean y donde los frutos tienen sabores ricos de perfumes: inglesa, se la hubiera creído hija de Escocia; francesa, se la hubiera saludado como una hija de la Provenza; española, se la aclamaba como una hija de la poética y ardiente Andalucía.

Sus cabellos negros, que formaban una oscura masa, se enrollaban en un rodete sencillo, caído y ondeado como las cabelleras de las vírgenes florentinas; no brillaba en su rostro la flor de la juventud, sino que le abatía el sello indeleble de la desgracia, de la enfermedad y de las pasiones desordenadas; bajo sus pensativas cejas, sedosas y estrechas, se abrían sus ojos, dulces como la miseria, pero desconfiados como la esclavi-

tud; hija de una mujer culpable, parecía hereditario en ella el espanto de la conciencia y el del porvenir, que es más triste todavía; mirados con atencion sus ojos negros, sobrecargados de larguísimas pestañas, tenían el tinte azul de la pizarra; á cada lado de su boca se dibujaba un finísimo vello negro, que casi desaparecía en un pliegue habitual de tristeza.

Reanimada por el agua fresca que le había traído Joaquina, sus mejillas se habían cubierto con un sonrosado tan leve como el que produce sobre la nieve el sol poniente; apoyaba la mejilla en su mano, delgada, blanca y trasparente, toda cruzada de azules venas, y por debajo de su largo traje, algo ceñido como el de las estatuas, asomaba una parte de su pié delgado y reducido como el de una niña de doce años.

Tal era la mujer que se presentó á la imaginacion ambiciosa y soñadora de Lorenzo.

¿Quién era? ¿Á dónde iba? ¿De dónde venía? Ella misma lo dirá.

—Celeste se ha puesto un poco mala—dijo Joaquina al novio de su hija;—bajó á la cueva á buscar agua fría para esta señorita, que llegaba muy fatigada, y la pobrecita.....

—¡Ah!—interrumpió Lorenzo.—¿Esta señora acaba de llegar?

—Sí, hace poco—respondió Joaquina, en tanto que á los ojos de su hija acudían las lágrimas al ver el poco caso que de su mal hacía Lorenzo, y esto por pensar en su huésped;—¿y tú—añadió la alcaldesa—ibas á cazar ahora tan tarde?

— Ya vuelvo á la alquería — respondió Lorenzo.

— ¿Y tu padre?

— En el campo.

— ¿Se va pasando ya, señora? — preguntó cariñosamente Joaquina á la forastera.

— Sí, mil gracias — respondió ésta con acento lento y dulce.

— ¿Quiere V. tomar alguna otra cosa?

— No, gracias; sólo tenía sed.

Luégo se levantó y añadió:

— Es dar á VV. demasiada molestia el esperar aquí hasta la tarde; si V. me quiere acompañar irémos á mi casa; dentro de un poco llegará mi doncella, que les suplico me envíen en seguida.....

— ¡Pero, señora, hace ya un sol insoportable — objete Lorenzo — y va á dañar á V., hallándose delicada!

— El camino es corto; sólo voy á la quinta de la Marquesa de M.....; volveré á montar, y aunque llegue ántes, esperaré á la puerta á esta señora.

— En ese caso, será mucha mayor comodidad para usted el llevarse la llave — dijo Joaquina descolgándola del clavo de que pendía; — yo iré detras por si á V. se le ofrece algo, y llegaré lo ántes que pueda.

— Gracias — dijo la forastera dando algunos pasos hácia la puerta.

Y luégo, volviéndose hácia Celeste, le dijo con dulzura:

— Adios, hermosa niña.

— Adios, señora — contestó Celeste con voz débil.

— Es mi hija — dijo Joaquina, muy lisonjeada con la

palabra hermosa que Enriqueta habia dirigido á su Celeste.

— Y muy bella — añadió aquélla; — tendré mucho gusto en verla en tanto que permanezca aquí.

— ¿Va á ser por mucho tiempo? — preguntó Lorenzo con voz que temblaba.

— Creo que por todo el resto del verano.

— ¿Me permite V., señora, que la acompañe yo tambien? — preguntó el cazador; — ¿podré ir al lado del caballo por si á V. se le ofrece algo?

— Admito con mucho gusto tan buena compañía.

Enriqueta, dichas estas palabras, se puso su sombrero y salió recogiendo la larga cola de su traje de montar.

Joaquina y Lorenzo la siguieron, pasmada la primera de su gallardía y el segundo devorándola con los ojos.

Á la puerta se hallaba el caballo. Enriqueta, á pesar de lo débil que parecia estar, montó en él ligera y graciosamente, y tomó al paso un sendero que llevaba á una hermosa casa, llamada *La Quinta* en el país, y cuyos balcones estaban cerrados con persianas verdes.

En cuanto á Celeste, al ver salir á Lorenzo detras de la hermosa forastera, sintió que su corazón se oprimia con un peso terrible.

Lorenzo ni siquiera la habia mirado.

El jóven cazador, con su escopeta al hombro y su paso marcial, siguió al lado de Enriqueta hasta llegar á la quinta; abrió la puerta con la llave que la jóven le entregó, y luégo la ayudó á desmontar, entrando los dos en un patio fresco, al fin del cual se descubria un jardín verde y entoldado de parras.

Un instante despues llegó la señora Joaquina sofocada y jadeante. Lorenzo llevó el caballo á la cuadra.

Cuando salió, dijo Enriqueta:

—Agradezco á VV. mucho los cuidados que se han tomado por mí; pero quisiera estar sola para descansar un rato: cuando llegue mi doncella les agradeceré mucho que me la envíen en seguida. Adios, señora; adios, amigo mio.

Hizo á la madre y al novio de Celeste una graciosa señal de despedida con la mano, y empezó á subir la escalera que conducia á las habitaciones superiores.

Los dos labriegos no tuvieron más remedio que marcharse.

Lorenzo iba deslumbrado, ó más bien embriagado de vanidad: la hermosa dama le habia llamado con la mayor llaneza *¡amigo suyo!*

V.

LÓGICA DE PERICO.

Ya estaba muy adelantada la tarde cuando llegó la camarera Teresa, que, segun los deseos de su ama, le fué enviada al instante.

Era una muchacha de unos veinte años, morenita, rosada, alegre y bachillera.

Su traje era esmerado y bonito: componíalo un vestido de seda verde, pues habia venido en un carruaje de

alquiler, y un fichú de tul blanco, con encajes imitados, y un lindo lazo en el pecho, de cinta rosa.

Los cabellos negros de Teresa estaban peinados con gracia, en gruesas trenzas que descendian de sus sienes.

Cuando llegó á la quinta, Enriqueta, que se habia despojado ya por sí misma de su traje de montar y se habia puesto una bata blanca guarnecida de encajes, riñó un poco á su doncella por haber tardado tanto, y la mandó preparar el baño.

—Señora—dijo Teresa—aquí no hay perfumes ni sé quién ha de poner el agua: el baño es una hermosa pila de mármol blanco, pero está inútil.

—Dejarémos por hoy el baño—repuso Enriqueta;—pero no olvides que mañana lo quiero dispuesto.

—¡Dios mio, señora, yo no sé qué idea le ha dado á usted de venir aquí!—exclamó pesarosa la camarera.—¿No era mejor haber marchado á una de esas aguas extranjeras donde se reune lo más brillante de la aristocracia?

—Me cansan esos círculos—respondió Enriqueta;—sólo apetezco silencio y soledad.

—¡Pues aquí va V. á tener demasiada!

—¡Mejor!

—¡Y se aburrirá V. al instante!

—Entónces nos marcharémos.

—¿Pero qué va V. á hacer aquí?

—¿Qué te importa?—repuso Enriqueta con bastante aspereza;—no te cuides de mí, que yo basto para eso.

Teresa calló ante la reprimenda de su ama, pero no por mucho tiempo; su lengua locuaz no podia estarse quieta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTE REYES, MEXICO

33865